

VARIEDADES

I

SANTA TERESA DE JESÚS

La reducida ciudad de Ávila, que, encerrada en sus murallas y torreones milenarios, aún conserva todo el carácter de la Edad Media, ha de ser mañana el Centro del *entusiasmo* de la Cristianidad, no sólo de España, sino de la del mundo entero. Allí fué donde, hace cuatrocientos años, nació la mujer que, después de la Virgen María, había de llegar á constituir el más elevado ideal religioso de los españoles.

En aquellos tiempos, críticos para la Iglesia Católica, cuando la disolución y la decadencia se dejaban sentir en todos los órdenes, fué cuando en España comenzó el *renacimiento*, representado por dos movimientos gigantescos: la *Compañía de Jesús* y los místicos españoles. De éstos fué Teresa de Cepeda y Ahumada, de antigua y noble familia abulense, una de las representaciones más salientes.

Su estática devoción fué *nutrida*, por la lectura, incesante, de leyendas, que la indujeron desde la edad temprana á buscar el martirio y á desear la muerte durante toda su vida. Ella misma la describe, como una extraña doble existencia, anhelando con todo el alma los aposentos celestiales, donde únicamente puede hallarse á gusto, en tanto el cuerpo ha de sufrir y luchar en este mundo. «¡Oh, muerte! ¿Quién puede temerte? ¡A quien sólo debemos la vida! ¡Oh, vida miserable, tú que aniquilas mi felicidad! ¿Por qué no tengo derecho á terminar contigo?» Estas son frases que frecuentemente encontramos en sus escritos.

A menudo transportábase en estados visionarios que ella mis-

ma ha descrito hasta en sus más mínimos detalles, lo que llegó á despertar sospechas en el Tribunal de la Santa Inquisición, por sus tendencias acusadas de peligrosas, hasta que pudo comprobarse que se hallaban exentas de todo error y llenas de profunda religiosidad.

Cumplidos diez y nueve años de su edad, ingresó en el monasterio de Carmelitas de Ávila; pero pronto vió que la vida de los conventos en aquella época no era la que convenía con lo que exigían la devoción y el ascetismo. Entonces decidió restaurar las reglas antiguas de los Carmelitas, y gracias únicamente á su extraordinaria energía, entendimiento superior y resolución sin ejemplo, consiguió realizar aquel plan gigantesco. Fundó conventos, uno tras otro, para reformar á los Carmelitas Calzados, pudiendo así dejar á su muerte treinta y tres de esta Reforma, todos creados al amparo de su concurso personal.

Sus mayores desvelos, sin embargo, los dedicó al Convento de San José, en Avila, llamado ahora de Santa Teresa, por hallarse situado cerca del sitio donde nació. En él pasó la mayor parte del tiempo, dedicada al estudio y á trabajos literarios. Ella misma ha descrito la vida que hacía en una obra que ha llegado á ser clásica, equiparándola con las *Confesiones de San Agustín*. Sin embargo, su obra maestra es *El camino de la perfección*, libro de enseñanza en las prácticas de la Religión, que se encuentra traducido á la mayor parte de los idiomas de Europa y sigue siendo muy estimado aun en estos días.

De sumo interés son también sus *Cartas*, que llenan una serie de tomos y que demuestran la influencia que ejerció en todas las clases, desde el Rey á la novicia más joven.

Hace poco se encontró en un Convento de Carmelitas de Valencia, dentro de un relicario, una extensa carta escrita de la mano de la Santa, carta que ha llamado grandemente la atención en el mundo de la ciencia y que ha sido *editada* por la Academia de la Historia, de Madrid.

Por indicaciones de su confesor realizó profundos estudios teológicos y escribió una *Interpretación de los Cantares*, de Salomón; pero unos años más tarde, otro confesor suyo, habiéndole

hecho comprender lo peligroso de que una mujer se hubiese atrevido á interpretar las Sagradas Escrituras, quemó su propio manuscrito.

Demostó su actividad reformadora de la Orden Carmelitana en su importante obra de las *Fundaciones* y otras en prosa, en las que se revela como un ser privilegiado que sabía vencer todas las dificultades.

Escribió también obras poéticas; pero la mayor parte de sus composiciones se han perdido. Conocemos algunas glosas, de las que una contiene el tan, para ella, significativo estribillo: *¡Me muero, porque no muero!*

Por toda esta producción literaria, escrita en un castellano tan puro, sonoro y armonioso como el de los libros de Cervantes ó de Lope de Vega, ha llegado á ser la de Santa Teresa una de las figuras clásicas de la literatura, no siendo de extrañar que en este concepto á la religiosa se la llame la *Divina Doctora*.

Falleció en la villa de Alba de Tormes, cerca de Salamanca, al regreso de un viaje á sus conventos. Por sus visiones sabía que había de morir en el año *de 1582*, y solamente anhelaba volver á su amado Convento de Ávila, pero las fatigas del viaje precipitaron su enfermedad, teniendo que detenerse en Alba, donde la Duquesa de Alba estuvo cuidándola hasta que murió.

Durante catorce horas permaneció en estado estático, con la faz transfigurada y vuelto el rostro hacia el Crucifijo que para ella representaba al Esposo Celestial, con el que al fin iba á encontrarse frente á frente.

El 4 de Octubre, á las nueve de la noche, entregó Santa Teresa su alma á Dios y con ella terminó todo un calendario, pues no siguió al 4 ningún 5 de Octubre en aquel *Annus Correctionis*.

El siguiente día *fué 15*, colocándose de nuevo en armonía el cielo y el almanaque, llegando á ser esta fecha la de su conmemoración por la Iglesia.

Como en vida Santa Teresa de Jesús había convertido, curado y sanado á muchos, y aun resucitado muertos, produjéronse milagros diariamente en derredor de su cuerpo inanimado, no queriendo la corrupción hacer presa en aquellos restos que, aún

algunos años después de la muerte de la Santa, exhalaban un balsámico aroma.

En el altar mayor del Convento de Carmelitas de Alba está su cuerpo, todavía intacto, faltándole, sin embargo, algunas partes, como el corazón y la mano izquierda, que se conservaba en Lisboa. En el convento *Madre* he visto un dedo de Santa Teresa, cubierto de valiosas sortijas, que es una de las reliquias más veneradas de aquel lugar.

No es extraño que, antes que pasasen cuarenta años después de su muerte, fuese incluída Santa Teresa en el catálogo de los santos, declarándosela ya, en 1617, Patrona de España, en unión de Santiago el Mayor.

Santa Teresa fué la fundadora y directora de toda una Escuela de místicos españoles, filósofos y moralistas, que adoptaron sus ideales, llegando á tener una gran importancia en la vida espiritual de España. Sus escritos han traspasado las fronteras, traducidos en muchos idiomas extranjeros, y sobre todo en Inglaterra y en América han llegado á hacerse populares.

Uno de los grandes historiadores modernos ingleses, James A. Froude, y luego Gabriela C. Graham, han escrito monografías de esta Santa española.

CARLOS BRATLI,
Correspondiente.

Por la traducción,
CHRISTIAN FRANZEN.

(De la *Berlingske Tidende* (*Gaceta de Berlín*) del 27 de Mayo de 1915.)